



## Un barrio y dos prohibiciones.

“La memoria no es lo que pasó, son sus huellas”

*Oblivion* de Edda Fabbri.

Ya hemos respondido al señalar las tres fuentes del sufrimiento humano: la supremacía de la Naturaleza, la caducidad de nuestro propio cuerpo y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad.

**Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*.**

Mauricio Gutiérrez, Facultad de Arte de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, integrante del Grupo de Investigación en Técnicas de la Corporeidad para la Escena, [mauryviole@yahoo.com.ar](mailto:mauryviole@yahoo.com.ar).

Profesor y Licenciado en Historia por la Facultad de Ciencias Humanas de la UNICEN, Tandil. Master en Sociología Rural por la Universidad Federal Rural de Río de Janeiro y Doctor en Multimedia por la Universidad Estadual de Campinas, Sao Paulo.

### Resumen:

Este ensayo de bio historia colecta algunos recuerdos particulares e íntimos de los primeros años de los años de la década 1960 en un barrio de Tandil comprendido por las cercanías de la estación ferroviaria, el Hospital y la fábrica Metalúrgica. Subjetividades y reconstrucciones a partir de las actuales miradas teóricas en relación a los lenguajes y prácticas políticas y culturales de aquellos años, así como las conductas sexuales e higienistas en época de púber.

**PALABRAS CLAVES:** Bio historia, barrio ferroviario, prostíbulos, fotografías.

Abstract:

This essay collect some particulars and private regards from the early sixties of the neighborhood rail, which is near the Municipal Hospital and the Metalúrgica factory, featured like a bio-history of Tandil. These stories are written under obvious subjectivity and are also analyzed by theories about cultural and political consumptions as well as sexual practices in the age of pubescent.

KEYWORDS: Bio-history, neighborhood rail, brothels, photographs.

Un barrio, un cuerpo.



Fototeca Digital del Centro

**Bolseros posando en su lugar de trabajo, uno de los galpones de la Estación del ferrocarril del Sud, Tandil, 1960 aprox.**



Una de las posibles aproximaciones a los temas relacionados al análisis de las percepciones y auto percepciones del cuerpo humano bien puede ser vista mediante la bio historia de una familia, el barrio y su sociedad. Como parte del proyecto de la Profesora Gabriela Pérez Cubas, integrante del GITCE (Grupo de Investigación en Técnicas de la Corporeidad para la Escena) aportó mi visión sobre la época y su espíritu en relación a prácticas socialmente fomentadas y aceptadas sin discusión como lo fueron los prostíbulos en los años sesenta y setenta. Llegamos a este estudio como consecuencia de los archivos fotográficos de la Intendencia Municipal sobre el Registro General de Prostitutas, tres libros de unas quinientas fotos de mujeres entre los años de 1919 y 1930. Las fotos contenidas en cada página incentivaron a Pérez Cubas a profundizar sobre los incontables caminos interpretativos que se desprenden de esas fotos que son el registro de seres humanos en situación de desventaja y sumisión. El fin último de estos análisis es el de contribuir a la dramaturgia y la subjetivación de parte de los autores y actores. El inicio está motivado por un concepto llamado percepto: el objeto tal como lo percibe el sujeto. El objeto de estudio no es solo el barrio, sus habitantes, mis parientes y amigos y sus respectivos universos sino también el espíritu de época que atravesó mi infancia y juventud hasta, aproximadamente, 1980 cuando nos mudamos de barrio, me fui de la casa de mis padres y, a partir del servicio militar, decidí estudiar Historia en la universidad.

No es casual que recuerde con tanta nitidez las burdas canciones de *Los Parranderos* ya que fueron los primeros vehículos de sexualidad ordinaria que llegaron a mis oídos por medio de un pariente lejano de mi padre un verano de los inicios de los '70. Tampoco me resulta casual que prevalezca luego de cuarenta años la melodía pegadiza del cuarteto y la cumbia en detrimento de otras músicas de mejor calidad y compromiso.

A grandes rasgos podemos tomar como marco teórico un género analítico vinculado a lo que Peter Gay llamó una 'sociología del inconsciente' parafraseando a Wilhelm Reich, médico, psicólogo y promotor de una sociología de la cultura con anclaje psicosocial. En

este camino es posible ver los vínculos de teorías relativas al campo social, como la obra de Freud *El malestar en la cultura* de 1939 debido al '...irremediable antagonismo existente entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura', y nuestras experiencias individuales.

A la par intentaremos sumar una mirada desde la Historia del Cine ya que mi profesión de docente de esa disciplina contribuyó a muñirnos de fuentes audiovisuales que enriquecen el estudio. Uno de esos filmes se refiere a la época en que fueron tomadas esos registros, *Gatica* de Leonardo Favio, ambientada a partir de 1940. Es elocuente la primera escena tomada en una estación de trenes adonde llegan centenares de inmigrantes y el burdel *Babilonia* rebalsa de visitantes. Entre ellos consigue colarse Gatica cuando niño y consigue presenciar un número vivo de una cantante semi desnuda hasta que es descubierto por otro niño que se gana la posibilidad de permanecer en el local a cambio de la delación. A pesar del paso de las décadas creo advertir una misma estructura de sentimientos en relación a la infancia por parte de los adultos de esos años ya que para 1970 los prostíbulos permanecían intactos rodeando la estación ferroviaria tal como muestra el filme.

Mis primeros recuerdos están vinculados al chalet donde vivíamos con mis abuelos, tíos y primos. Los más sabrosos para mí eran las salidas nocturnas de los sábados a la noche cuando mis padres me llevaban al cine, generalmente al Avenida donde pasaban filmes relativamente artísticos y no tan comerciales. Luego íbamos a cenar mientras mis padres comentaban las dos películas que habíamos asistido. Sin lectura era poco lo que entendía pero la fascinación por la imagen en colores caló en mí hasta la actualidad. Recuerdo que las escenas violentas eran vetadas por mi mamá tapándome los ojos, quizás presagiando otra restricción que despertó en mí mucha curiosidad como fue la censura durante los gobiernos autoritarios en Argentina y en el mundo. Otro recuerdo vinculado al cine era el hecho que mis tíos no eran afines al cine, salvo la hermana de mi papá que sólo iba al cine cuando proyectaban alguna película de Armando Bó con Isabel Sarli.

Con el paso del tiempo mis padres me llevaban a mí y a mis primos a un cine donde pasaran filmes permitidos mientras ellos veían los prohibidos para menores. Luego nos pasaban a buscar a la salida, siempre los sábados. Años más tarde el cine nos convocó los fines de semana desde las 13 horas hasta las 22, especialmente en el cine Americano de perfil vulgar, con escasas mujeres en la sala, de proyección de filmes de vaqueros, bélicos, de espías, de acción y similares pero siempre de clase b. Los otros chicos del barrio tampoco consumían cine, salvo una vez que fuimos todos al Americano en vacaciones de invierno. Con mis primos Javier y Sergio consumimos la mayor cantidad de cine de toda la familia en el cine del Club Excursionistas, en el Avenida, el Súper, el Americano, el Cervantes y el Alfa al que fuimos desde que se inauguró en el verano de 1974 donde pasaron un estreno de James Bond, *Vivir y dejar morir*. Con los colegas del colegio San José sólo íbamos obligados cuando pasaban un filme en el teatro Estrada, al lado del Colegio, con películas alusivas a alguna fecha particular. Ahí vimos *El santo de la espada*, por ejemplo.

Quizás mi primo Sergio fue un mayor consumidor de cine ya que vivía en el centro y él no hacía deportes los fines de semana por causa de su asma. Además, es un excelente lector de literatura, comics y revistas en general. La ventaja que tenía sobre nosotros era que podía ver películas prohibidas para menores de 18 años ya que mi tío coimeaba al boleterero y así dejaban que las viera desde arriba con algunos amigos. Así vio con 12 años, creo que en el Cine Super, *Los caballeros de la cama redonda* en 1973, para envidia del resto.

Acerca del barrio de la estación de ferrocarril, en las entrevistas a Alberto Vinsennau, cinco o seis años mayor que yo, salieron a la luz una serie de datos que nos permitieron comprobar la cantidad de locales de socialización estrictamente masculina que había en el barrio ya que los bolseros y changarines eran numerosísimos debido a la demanda de trabajo temporario que requería el transbordo de mercaderías desde los camiones hacia los vagones o viceversa. Ese ejército de hombres era autónomo, generalmente solteros, que

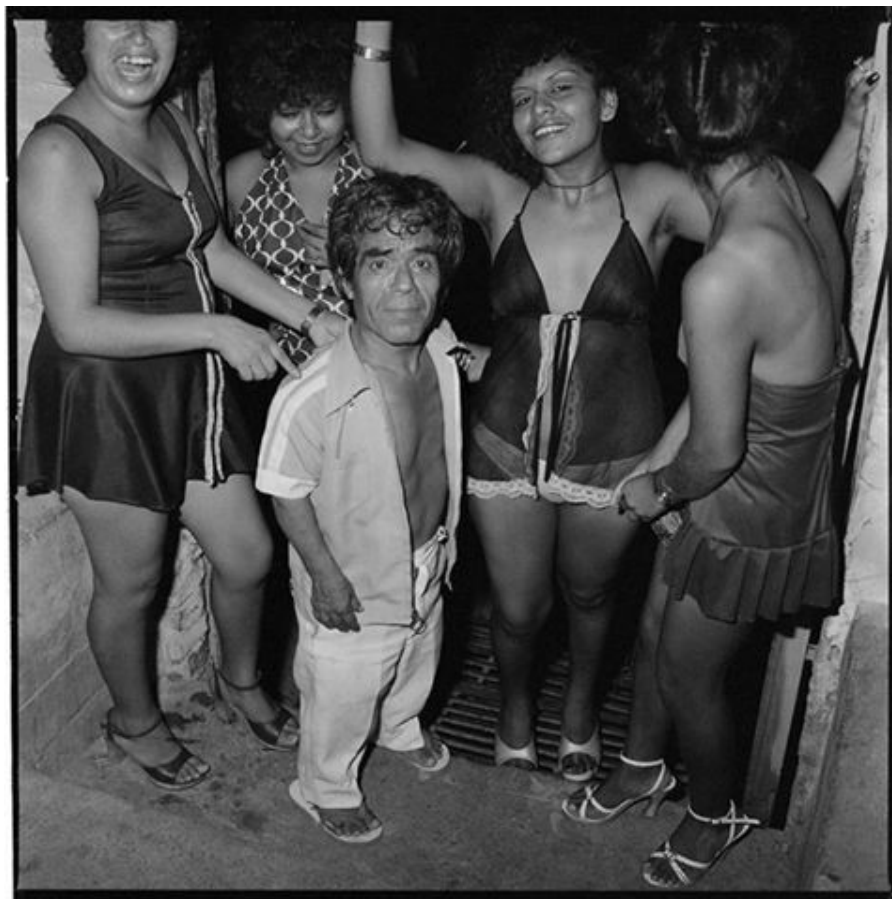
vivían en las mismas pensiones que compartían con los recolectores de papas venidos desde el norte. Las pensiones abundaban y los bares eran el lugar de placer y de centro de información de posibles changas. Finalmente Alberto sentenció “...a los changarines los mató el Clark“, como a tantos trabajadores de los setenta que fueron reemplazados por la máquina o como consecuencia de la oleada de los productos importados desde 1976.

Nos interesa profundizar en la infancia y pubertad de los vecinos de este barrio ya que fuimos parte de esa generación que fue testigo de los avatares femeninos de los prostíbulos hasta fines de los ochenta y principios de los noventa. Lo notorio era la ausencia de policías o de restricciones a la concurrencia de menores como un silencioso consenso a la naturalización del inicio sexual con prostitutas. Con el correr de los años surgieron otros locales en la ruta, cerca del centro de la ciudad o en lugares alejados pero conocidos ya que la última dictadura fue algo más permisiva que las anteriores con respecto a estas prácticas quizás para paliar la situación de las jóvenes desempleadas de los sectores populares. Los episodios serán relatados fuera de toda cronología ya que desconozco el orden pero abarcan desde 1970.

## DOS PROHIBICIONES

Clásicos vecinos e hijos del barrio, recibíamos dos prohibiciones repetidas a la hora de la siesta de parte de nuestros mayores: no ir al arroyo ni andar por los techos. Inmediatamente (des)obedecíamos con mi primo nuestro deseo invirtiendo el orden, primero a los techos y luego al arroyo. Una tarde de calor subimos por atrás del paredón alto hasta la casa de mis abuelos que le alquilaban al flaco Padilla, cafiyo y casado con la chilena. La chilena, ex prostituta feísima irritaba en nosotros la desesperación del púber por saber o ver lo mínimo que para nosotros sería todo lo necesario. La mujer tenía un abdomen prominente aunque no ofensivo que en nuestra ignorancia le adjudicábamos a los litros de esperma acumulado

en sus años de trabajo. Nosotros sólo sabíamos con certeza que Padilla alquilaba esa casa que daba a los fondos con el corralón y el chalet que nos servía de pasadizo.



***El enano y las putas. Pedro Meyer, Lázaro Cárdenas, Michoacán, México, 1979.***

Padilla tenía el prostíbulo en la cuadra próxima, más cerca de la estación de ferrocarril, al lado del bar de Rocha. Después seguían los prostíbulos hacia la avenida Machado a partir de la Avenida Colón. Bares, pensiones, y bolichones que se multiplicaron a partir de la vuelta del peronismo en 1973 como lo había sido en los cincuenta según contaban los viejos compañeros. Hacia el arroyo en dirección a la metalúrgica había otro prostíbulo sólo trabajado por una señora mayor de edad indefinida que atendía el bar en cuanto su hija se

prostituía en el fondo. Una noche de verano nos reunimos los del barrio, nos subimos a una cierta altura y creímos ver -y los vimos- a un hombre en penumbras con la hija.

Esa otra tarde llegamos cerca del fondo de la casa alquilada por los Padilla y fuimos sorprendidos por el flaco y su esposa que estaban en el patio tomando mate. No los vimos o nos dejamos sorprender. Nos hizo bajar y nos retó muy suavemente a pesar de su calaña. El resto es oro: la chilena en desabiyé y un pecho lánguido que fue suficiente para varios años de invocaciones y el murmullo de fondo de las chicas en las habitaciones donde vivían pero no ejercían, lo que escandalizó más aún nuestro imaginario. Nos dejaron salir por la puerta del frente y volvimos a los techos inmediatamente a espiar con mayor tino aunque ya no quedaba nadie en el patio.

Con el paso de los años atravesamos la pubertad y adolescencia en los años de Perón e Isabel. Para fines del 74 mi primo insistió tanto que mi papá lo llevó a una pensión del barrio en dirección al centro a iniciarse. El trato fue que yo iría después llevado por mi tío. Pasó todo el verano y cada semana le insistía a mi tío como mi primo lo había hecho pero sin tanta suerte hasta que llegó marzo y me llevó una noche temprano. Era una pensión donde vivía y atendía, quizás, Blanca una mujer de unos veinte años, morocha y preciosa. Me hizo pasar a su habitación minúscula con una luz tenue y me preguntó si ya había estado con una chica a lo que mentí que sí. Se sacó la ropa rápido, me invitó a hacerlo y comenzó a acariciarme hasta que pasamos al sexo. Perfumada y suave nos besamos mientras me pareció advertir que su vagina estaba más abajo de lo que había imaginado por lo que deduje erróneamente que estábamos teniendo sexo anal. En la mitad de nuestro encuentro interrumpí diciendo

- **¿Podemos hacerlo por adelante ahora?**



No respondió pero me miró tan extrañada, que percibí por fin que era un mal entendido y todo acabó muy rápido. De todas las relaciones con prostitutas en esos años creo que fue la menos ríspida e insípida. Luego vino ese año final de Isabel Perón y empecé a salir con mis primos, los del barrio y los del colegio y pasamos a ser unos de los pocos que habían debutado aunque nunca fue motivo de alarde quizás porque a partir de Blanca nada más fue igual. Ahora todas las semanas podíamos ir al prostíbulo de Padilla siempre que respetáramos el horario vespertino. Llegábamos tipo 3 y pedíamos 'una chica para ocupar' imitando la costumbre de los mayores.

No recuerdo haber tenido una sola tarde buena. La secuencia era la siguiente: el tal Padilla nos hacía pasar a una pequeña galería donde estaban sentadas entre 6 y 10 mujeres en ropas insinuantes que al entrar se nos reían en coro. Éramos elegidos por la más fea o la menos atractiva, indefectiblemente. Nos llevaba a su habitación, nos revisaba el pene buscando rastros de alguna venérea, nos lavaba con agua y jabón y nos ordenaba penetrarla. Generalmente se desnudaban de la cintura para abajo y en escasos minutos debíamos concluir con el acto. Esta práctica era la habitual, salvo una vez que me eligió una joven uruguaya de senos protuberantes y rasgos preciosos. Aun así el trato fue severo, cortante y despreciativo. Ahora veo una fuerte y clara consciencia de clase ante los hijos del burgués que se aprovechan de su posición social y sexual. En una escena de *La hora de los hornos* de Solanas y Getino, una mujer empobrecida del interior se prostituye en un rancho en una recreación metafórica sobre la sociedad, la indignidad y la república. Estos dos hechos ya me advirtieron sobre los cruces entre lo individual, la intimidad y el entramado social que nos cobija y se cristalizan en estos recuerdos como este hecho que recuerdo de parte de los empleados y parientes de mis familiares que oí comentar delante nuestro, como era costumbre de la época sin ahorrarse verba ante la presencia de niños, refiriéndose a nosotros: ' **Tienen la marca en el orillo** '. Buscando en la red comprobé que la mirada de ellos coincidía con lo que intuí de infante ya que... " *se trata de una expresión que*

habitualmente conlleva un dejo de estigmatización social, pues se le aplica a aquellas personas que evidencian, de manera notoria y a partir de una serie de características formales o estéticas, su extracción económica, su nivel cultural, su tendencia ideológica o su pertenencia a un grupo o profesión. Alude a los casos en los que dichas personas no precisan decir ni hacer nada, se los puede identificar porque “llevan la marca en el orillo”, según dice Sergio Vázquez en Significado y origen de expresiones famosas”, [Blog de WordPress.com](#).

Siguiendo a Peter Gay tratamos de adentrarnos en los recuerdos como quien analiza su memoria siguiendo la historia del barrio en relación a la política y la historia de la cultura individual. Gay recorta su método de análisis en lo que se puede denominar psicología social siguiendo a Sigmund Freud y enmarcando los datos dentro de un universo de autores que se nutren también de los datos sociales y mentales. Al decir de Gay, no dejaremos de lado el hecho que, citando a Freud en la página 134, ‘...la experiencia es gobernada por el pasaje del tiempo, por el estigma de clase y por los accidentes de los eventos, que modelan los ingredientes de la naturaleza humana en configuraciones dramáticas...’. No es casual que su libro, citado aquí, se llame *Freud para historiadores*.

Más tarde el autor insiste en justificar su marco teórico, que aceptamos como válido, cuando sostiene que los documentos estéticos de una sociedad pueden tornarse fuentes esclarecedoras para el historiador como también, agregamos, para cualquier analista, crítico o artista. Antes, el autor ubica las posibles aristas conflictivas que son materiales para elaborar en terapia como el peligro y las promesas del cuerpo humano expuesto y el miedo subyacente del hombre hacia la mujer y viceversa.

Recuerdo que algunas cosas no compartíamos con mis primos como era el fútbol en el baldío del barrio ya que ninguno de ellos era afecto. El resto era lo obvio para la década de 1960 como el boxeo que siempre daba campeones mundiales reflejando el nivel de

violencia política. Ninguno de los clásicos como Monzón, Galíndez o Bonavena me impresionó tanto como Nicolino Locche que con su escasa estatura poseía una habilidad que parecía argentina por excelencia aunque con fecha de vencimiento ignorada. Locche era capaz de evitar hasta al destino con su amague, se nos decía en cada pelea. Extraña pelea la del adversario que se escurre como una mueca como quien evita pelear no por cobarde sino por saber que en el cansancio del rival estará su victoria por no herir de manera mortífera. Locche, el intocable, declina con Perón e Isabel y con él termina el boxeo defensivo, otro extraño género. Le había ganado al campeón mundial japonés que se negó a salir a pelear humillado por no poder tocar a Locche en diciembre de 1968. Ahora lo veo como una metáfora del cambio que se avecinaba hacia 1970 cuando dos fuerzas antagónicas, el viejo orden y las nuevas generaciones, rivalizaron sin exponerse a la aniquilación aunque ésta llegó igual. Locche no pudo sortear lo inevitable ya que sin violencia contundente el box era un juego imposible. La democracia en Latinoamérica padeció de violencia política sin la cual no se la valorizó hasta décadas más tarde.

Por eso Nicolino era un boxeador que jugaba. Casi un número diez de fútbol. Suele decirse que los boxeadores como él, los wines y los cantantes de tangos son paradigmas en extinción. Pero todo es verso. Todo está por verse. La historia no murió, por más que alguno procedió a declamar la muerte de las ideologías. Casi tanto, como que el arte no puede morir, mientras haya artistas. OVACION ON LINE.

Con la llegada del golpe de 1976 los peronistas advirtieron que los prostíbulos irían a ser perseguidos como siempre que llegaban los militares aunque esta vez no fue tan categórica la asechanza. Lo que cambió fue, entre otras calamidades, la ley de alquileres que a partir de allí permitía desalojar de manera automática a los inquilinos y Padilla cambió de casa pero no de tima.



En esos años también hubo un prostíbulo enorme en la calle Cuba, frente al hipódromo de Villa Aguirre. Era una casona antigua alquilada para esos fines ya que abundaba en cuartos y con una galería amplia. La vez que fuimos con otros amigos, ya entrada la dictadura, vimos una mujer del estilo de la Coca Sarli que cobraba carísimo para nuestros límites por lo que no pudimos pasar salvo un primo de un amigo venido del sur.

También en esos años de 1973 o 1974 mi padre era visitado en su escritorio de gerente de compras de la empresa familiar por viajantes de materiales de construcción, emprendedores, aventureros y managers de todo tipo. Era habitué Justiniano Reyes Dávila (Noel Sapiro Jones), judío uruguayo, editor y vendedor de libros, promotor de artistas como Atahualpa, María Elena Walsh, Javier Villafañe, Wenceslao Varela, Dina Roth, Linares Cardoso y Pipo Pescador. Mi papá le compró una pintura de Geno Díaz y algunos diccionarios de Salvat, enciclopedias, libros de Historia Universal, de cuentos infantiles y la compilación que marcó mi vida para siempre: la colección de Historia Argentina del Centro Editor de América Latina fechada en 1974 en 12 tomos con dos anexos de documentos que pasaron a estar prohibidos a partir de 1976.

El vínculo de Reyes Dávila y Yupanqui se afianzó a partir de los años cuarenta como lo indica esta nota del diario El País de Montevideo:

Con el tiempo, Yupanqui volvió siempre al Uruguay. A veces a mostrar su arte; otras a visitar al pintor Emin Fernández o a Noel Sapiro Jones (más conocido por su seudónimo Justiniano Reyes Dávila), antes de que éste se radicara definitivamente en la ciudad de Tandil. También cultivó amistad con uruguayos vinculados a la música como Osiris Rodríguez Castillos, Aníbal Sampayo y el guitarrista clásico Oscar Cáceres, con quien en los 70 recorrió Europa -en compañía también del español Pedro Soler- con un espectáculo llamado *Tres guitarras, tres amigos*.

Pero tal vez la mejor definición de lo que sentía hacia la gente del Uruguay se la hizo en París al escritor Enrique Estrázulas cuando éste, al verlo en un restaurant de la Rue Moustard, y antes de saludarlo le preguntó si lo recordaba. Con su particular estilo Atahualpa le contestó: "Un argentino no es tal, sin un amigo oriental".

Paulatinamente se tornó algo más complejo volver al sexo pago, barato y disponible, hasta que un colega de colegio y vecino de nombre semi borgiano, Juan de Dios, me vino con que había una pensión cerca de la de Blanca que se podía visitar por escasos pesos. Fuimos después que él hizo un trato con el hermano de la mujer a la que prostituía llamada Coca. La sorpresa fue espantosa ya que ella tendría, como mínimo, cincuenta años y padecía de asma. Nunca más hablamos de esto con mi amigo pero creo que a partir de allí no busqué más algo similar. Lo llamativo era, ahora que recuerdo, el espíritu de época en torno a semejante crueldad hacia las mujeres, sus familiares y los adolescentes que consumíamos las prácticas. Nuestros parientes empleados de la familia tenían algunas actitudes que lindaban con la crueldad como habernos dicho que después de tener sexo en el prostíbulo, como era vox populi, debíamos orinar y permanecer con el último líquido retenido por el prepucio para evitar contagios ya que así morían los posibles gérmenes. Así lo hicimos mientras desde la otra cuadra se mofaban de nuestra credulidad.



**Avenida Colón desde la esquina de Del Valle y Quintana hacia el centro, FOTOTECA DIGITAL DEL CENTRO.**

## EL BARRIO Y LA FAMILIA.

Los empleados del negocio familiar fueron un staff bastante fijo como lo eran los trabajos en esos años como el caso de mi abuelo materno, el padrastro de mi madre, Ángel Molinero, que fue metalúrgico 25 años destinado en noyería hasta que se jubiló a fines de los setenta. Ese barrio mantenía dos peculiaridades odoríficas: el tufo a aceite de lino de la molienda de la beneficiadora de La Plata Cereales de Bunge y Born y el olor metálico del hollín de los hornos de la Metalúrgica Tandil. Mi casa quedaba en medio de ambos frentes.

Paradójico o no, mis primos y nosotros estábamos divididos en dos grandes grupos que incluían a los varones y las nenas, como eran catalogadas mis primas. Son las tres hijas del

matrimonio que se separó a inicios de los 70, iniciando una única ruptura matrimonial de toda la familia y aumentando el estigma de tener tres mujeres y ningún varón. A eso se le sumó la brutal y original independencia de mi tía separada, la conclusión de sus estudios secundarios nocturnos y su posterior emprendimiento como comerciante ferretera.

Aquellos empleados de la casa de venta de materiales de construcción eran mitad parte de la familia extendida y mitad vecinos de la zona o de la ciudad. Había tíos de mi padre, sus primos, los parientes de estos y algunos amigos del grupo inicial. Eran unos treinta que involucraban unas tres o cuatro familias de descendientes de italianos y españoles, especialmente relacionados al ferrocarril por el abuelo materno de mi padre, el Nono Federico Di Federico, y por el otro abuelo, el español Gutiérrez. Mi abuelo Teodoro había sido empleado del transporte ferroviario en época de los ingleses hasta que fue expulsado por su participación socialista, siempre contaban. El Nono, su suegro, en cambio, trabajó y se jubiló como ferroviario y su perfil partidario siempre estuvo vinculado a los conservadores. Teodoro puso una herrería adonde acudían los transportistas de carros ya que su especialidad era el enyantado. Hacia 1950 comenzó a vender chapas, cemento, madera y otras menudencias y paulatinamente dejó la herrería. Quizás uno de los últimos intentos haya sido la creación de una cosechadora de girasol pero la crisis económica de 1952 echó por tierra sus proyectos, unido al hecho que la reventa de materiales de construcción redituó mejor. También fabricó con éxito las primeras carrocerías de colectivos que comenzaron a usarse en el transporte urbano de pasajeros en los cuarenta y piedras de afilar en Mar del Plata al final de su vida.



*En los tempranos años de 1940 mi abuelo Teodoro Gutiérrez creó carrocerías como la de los primeros coches colectivos de la ciudad similares al de esta foto del fondo de la Fototeca Digital Del Centro.*

De los años treinta podemos saber mucho sobre la socialización del tiempo libre con las memorias de Vicente Mazzone y el trabajo de Hugo Mengascini<sup>1</sup> sobre el salón de la Confraternidad y La Unión ferroviaria, centro cultural medular en la historia del barrio. Mazzone cuenta varios episodios sobre sus inicios como fundidor y nos pinta una vasta zona de producción metalúrgica y cultural. La identidad del barrio como fuente de futuros

---

<sup>1</sup> Ver Mazzone, Vicente. *Chispas del alma. Memorias de un fundidor*. Tandil, Edición del autor, 2013.



realizadores de auto partes es evidente en un momento que relata la descalificación de su maestra sobre él y sus pares:

- ‘Usted no va a servir ni siquiera para juntarse con esos negros de BIMA’<sup>2</sup>, primera fábrica metalmecánica del barrio.

Mazzone cuenta otro episodio sufrido por él con su maestra por el cuaderno casero fabricado por su madre que la docente le revoleó. En otra anécdota nos muestra el origen industrial misturado de europeos y criollos al comentar que los italianos se encontraban Dopo Lavoro en un local de la avenida España, replicando una práctica fascista de la península. No eran pocos los italianos que simpatizaban con el Duce a los que oí decir alguna vez que eran ejemplares sus prácticas con la juventud. No ocurría lo mismo con Franco quien era ignorado sistemáticamente por los españoles del barrio.

El local de materiales de mi abuelo y mis tíos se mantuvo hasta el 2000 como epicentro de una zona dinamizada por talleres, fundiciones, satélites de herramientas, mecánicos, estaciones de servicio, ferreterías y otras incipientes industrias como las relativas a los derivados de granos, extractoras de pieles de liebre, avícola, constructoras, paperos, acopiadores de granos, camioneros, repuesteros y el ferrocarril como nexo entre varios de estos sectores. Entre ellos un mar de trabajadores del interior, especialmente santiagueños, de la zona, como también italianos, españoles y eslavos que fueron llegando hasta fines de los sesenta. Mazzone resalta que se utilizaba el aceite de lino en una etapa de la fundición como también la bosta de caballo haciendo coincidir el campo y sus industrias con saberes populares quizás traídos desde la alquimia europea o criolla.

Desde 1900, año aproximado que llegaron mis abuelos paternos, podemos saber de un ramo generalizado de industrias lácteas, harineras, de embutidos, canteras de arena, cal y granito

---

2 Mengascini, Hugo. *Huelgas y conflictos ferroviarios. Los trabajadores de Tandil en la segunda mitad del siglo XX*. Rosario, Prohistoria ediciones, 2011, p.19



en granitullo o adoquín. La mayor de las fábricas de autopartes era B.I.M.A, además de los talleres El Brazo, la fideera La Ligure, los textiles derivados de cueros de oveja, las imprentas, los aserraderos, las herrerías de obra, las grandes y pequeñas tiendas y los locales de comidas. La banca tradicional estatal nacional y provincial y el local Banco Comercial del Tandil eran, junto con las agencias ganaderas y las compañías de seguros, otras tantas ramas siempre presentes.

Salvando las distancias, el filme de Juan José Jusid *Espérame Mucho* de 1983 localizado en la capital se desarrolla en un ámbito similar al del impulso comercial de parte de mi familia paterna como lo era la ferretería, el aserradero y el corralón de materiales de construcción de 9 de Julio esquina Machado. La diferencia radica en que la película está ambientada en los años 50, como protagonista tenemos a la generación intermedia entre la de mi padre (nacido al principio de 1930) y yo (1961).

Una coincidencia es el mundo imaginario en torno al sexo elaborado por el protagonista infantil de 11 años. La enorme cantidad de trabajadores y dependientes que observamos en el filme era algo habitual en la casa que habitamos entre mis tíos, padres, abuelos y primos. En el barrio sucedía algo similar ya que la población disminuyó en cantidad de hijos desde los años 40 pero aun así se mantuvo en un promedio de 2 a 3 por pareja. Lo habitual era el matrimonio a los 22 o 23 años, dos años de gracia y los hijos a partir de allí. Si la mujer trabajaba a partir del casamiento dejaba de hacerlo, como les sucedió a mi madre y a otras tías. Jamás una separación pero sí la permisividad consentida o no de una o varias amantes para el marido, cuando no las clásicas escapadas al prostíbulo, especialmente cuando nacía un hijo, principalmente si era varón. A partir de 1970 algo cambió y la separación conyugal se tornó algo más habitual, así como la posibilidad de que la mujer trabaje fuera de su casa.

El filme de Jusid muestra, y se regodea de ello, una semi permanente guerra entre peronistas y antiperonistas bien simulada. Son peronistas los peones de la construcción y el



personaje de Laplace, un santiagueño llegado a la capital, actor, bonachón y sensible. El resto era socialista, radical o anti a secas pero sin demasiada carga conflictiva ya que cierta prosperidad económica ayudaba a simpatizar. En mi barrio había algo similar que siempre se mantuvo latente y cuando se manifestó en el '73 inmediatamente transmutó en anticomunismo de mayorías. Los lemas en boga eran Argentina potencia y Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino. Luego se actualizó el clásico Al enemigo ni justicia, reflatado y ahora vigente para ambos bandos, gorilas o no ya que el comunismo era el enemigo común. Con el correr del Proceso – 1976 a 1983 – se sumaron otras muletillas como ¡Mató!, ¡Mató mil! que los jóvenes adoptamos a manera de resistencia.

Los encuentros de familias para las fiestas de fin de año o celebraciones especiales abundaban en discusiones políticas y económicas, jamás culturales, sociales o similares. Clásicos del comercio: rumbo, inflación, nuevos créditos, oportunidades de acumulación en algunas pocas décadas y el fortalecimiento de una nueva capa social. Fuertes coincidencias con Frondizi pero no con Illia ni Onganía. Sí con Lanusse y Perón, no con Videla y el resto, salvo para catalogarlos con el cliché ' Un mal necesario '. No creo haber escuchado una voz disonante de izquierda o de derecha extremas. Era parte de la media clase pseudo democrática con altibajos más antiperonistas en algunos y otros neutrales o de ida y vuelta. Pocos casos de extrema militancia peronista como mi tío camionero radicado en Mar del Plata desde los años cincuenta o el empleado militante de la Juventud Trabajadora Peronista luego menemista. Y nosotros, como el jamón del sándwich, absorbiendo ambas crudezas.

La manera de salir paulatinamente de la infancia era para nuestros padres el encuentro en los bailes de clubes que eran una media docena diseminados por toda la ciudad desde el centro hacia la estación de trenes. En cambio a partir de los sesenta aparecieron los boliches bailables, los asaltos, las fiestas de 15 y los clubes que mantuvieron su condición hasta la actualidad con una única moda en la cumbia y el cuarteto. Murió el jazz, la típica, el folclore y el disco. Aún hay bailantas como en los sesenta en Unión y Progreso, el club de

Villa Italia, con bandas de músicos melódicos y comerciales populares o en los clubes Moreno y Arana y Excursionistas. Esas eran las únicas maneras de llegar al sexo. Baile o cabaret. Quizás la escena mejor lograda para ejemplificar ese siglo sea la mirada escandalizada del protagonista de *Espérame mucho* luego de acariciar tímidamente la teta de la dama del perrito, en paños menores como la mujer de Padilla, que le devuelve su mirada con las tres categorías que tan bien nos muestra Foucault al describir al puritanismo moderno en torno al sexo: prohibición, inexistencia y mutismo en *La voluntad de saber*.



**Mimí Pons, la dama del perrito.**

Nuestro barrio también es el del Hospital Ramón Santamarina y de la iglesia Santa Ana, aunque su misión la veo algo desdibujada desde mi memoria ya que por mi condición de alumno de San José estaba poco al tanto del catecismo de los colegas del barrio que era cumplido apenas como un rito vacío aunque persistente. A tal punto que un gran insulto muy difundido en la época como era

- **¡Me cago en Dios!** fue tomado por mi como una ofensa menor sólo aceptada por su condición de inocentes laicos.

Otra herejía verbal aconteció en otro episodio de años más tarde cuando estando con el primer hippie que conocí, Alberto Carlo, pasó alguien mayor en bicicleta y otro chico le gritó:

- **¡Ostia!**

A lo que el viejo retrucó enardecido:

- **¡Puaajjj!**

Como si lo hubiesen ensayado desde años. Encontré en esos gestos, con el tiempo, una verdadera militancia barrial anticlerical, reñida con todo tipo de autoridad que se reflotaba en los hippies que pasaban los sábados en el Bar Ideal, como otro día cualquiera.

La centralidad económica era basada en la exportación a las ensambladoras nacionales de las piezas elaboradas por los primeros fundidores relativas a la industria ferroviaria y la automotriz tanto como piezas destinadas al consumo doméstico de uso general como las cocinas económicas y cuchillos y espadas de competición. La tradición criolla se reformuló desde puñales y facones ya que en los años que describe Mazzone se fabricaban para cazar jabalíes. Evidentemente la violencia y el ecocidio eran parte de la vida diaria ya que también se cazaron, hasta el exterminio a veces, el ñandú, la liebre, la perdiz, la mulita, el zorro y la nutria. A partir de 1942 se comienzan a forjar cuchillos en el país por primera vez y Tandil tuvo la exclusividad. Esta zona tenía una atroz coincidencia: la de ser el corazón del criadero del caballo criollo y el principio del taller del facón.

Finalmente, desde la actualidad advierto que varias culturas parecían tensionar a la sociedad de los años sesenta y setenta ilustrados, quizás, por una dicotomía que encerraba más de un antagonismo como lo expresaba la tricotomía...

**Ni yanquis ni marxistas,**

### **Peronistas!**

A lo que acrecentaba la tendencia izquierdista del movimiento peronista:

**No somos putos, no somos faloperos**

**Somos soldados de las FAR y**

**Montoneros!**

La popular cantaba repitiendo lo que oía en los discos de *Los Parranderos*:

**Mi novia Carola y yo subimos a un colectivo...**

**A mí se me acercó un joven que por la pinta era un**

**Pude ver...**

*Un viaje en colectivo.*

La contracara de esos años la vivimos algo más tarde cuando nació una nueva derivación no menos legítima ni utópica pero más racional que intuitiva y que comprendía a la vida en democracia, un rotundo Nunca más, nuevos derechos y ampliación de la ciudadanía para minorías. Estas estrofas ilustran la otra parte de la historia de aquellos años,

**¡Basta ya, basta ya  
que el yanqui mande!**

**¿Quién ha ganado la guerra  
en los montes del Vietnam?  
el guerrillero en su tierra  
y el yanqui en el cinema**

**¡Basta ya, basta ya  
que el yanqui mande!**

**Atahualpa Yupanqui, ¡Basta ya!**